

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ha sido capturado en la Habana el autor del espantoso asesinato de Lugo.

La policía cubana remienda la torpeza y descuido con que la nuestra procedió al no descubrir primero, al dejar después embarcarse para la Antilla, libre, tranquilo, á vista de todos, á tan sobresaliente criminal. Cometiéndose el hecho en circunstancias tales, que sin necesidad del sutil olfato de sabuesos que poseen los Macé, los Métenier y los Javert, debieron envolver al autor vehementes sospechas á las veinticuatro horas de saberse la desaparición de la víctima.

La voz pública, ese cavernoso rumor formado de mil susurros, que tan amenazante resuena, que es unísono en medio de su discordancia, dió al aire, al punto de notarse cómo la tierra parecía haberse tragado á Ledo, el nombre de la última persona con quien se le había visto hablar, por cierto en diálogo acaloradísimo. Desde el primer momento se debió proceder, si no á la detención de Taboada, cuando menos á interrogarle. Por el hilo del interrogatorio, un psicólogo—psicologías á la policía!—saca tal vez el ovillo del misterio. La policía además no puede ignorar la situación de los que, abrumados de deudas, son materia dispuesta para el crimen ó el suicidio. Quien no tiene una peseta, debe muchas y está habituado á darse vida de rico...

Nunca la policía duda de los burgueses. ¡Váyale usted á un inspector con que un teniente alcalde, un procurador, una persona de viso, sea objeto de su vigilancia cuando consta que está entrampado hasta los ojos, es vicioso y ha distraído ya fondos de la caja de un círculo! Y sin embargo, ese, ese es barril de pólvora, la mecha está arriada y amaga la explosión. El burgués actual, terrible amasijo de vanidades y concupiscencias, guarda la *tenue* mientras no le acosan los pagarés—no la miseria, como al proletario,—pero ¡ay de quien se le acerca, si existe en casa del acorralado un sótano cómplice y al alcance de su mano un martillo!

Otra inmoralidad, burguesa también; en los puertos—por lo menos en el de Marinada—se embarca quien quiere y como quiere, previas ciertas ofrendas y ritos de sagrada trapisonda, y la gestión de ciertos corchetes, ganchos y correctores de documentación, que se dan tal arte que en dos minutos te empapan volviéndote de viejo en muchacho y de Juan Peranzules en Perico el de los Palotes. Así permanece impune todavía, y permanecerá, el tremendo crimen «de la calle de San Andrés,» sobre el cual hasta novelas espeluznantes se han escrito é impreso.

Basta de estatuas y monumentos á D. Práxedes Mateo Sagasta. Tiene una en Logroño, bueno; tiene su mausoleo, altamente honorífico, en nuestro Panteón de hombres ilustres, que es Atocha; y todavía quieren sus amigos (hay amigos mortales de necesidad) con el retal de treinta mil duros que les sobra, cortar otro monumento de abrigo en la misma plaza de las Cortes. Y Mariano de Cavia se incomoda, con carga de razón.

Por desgracia (no nos detengamos en depurar, aquilatar ni decantar responsabilidades), Sagasta, que era un hombre muy simpático, de dotes extraordinarias para la política en momentos normales y situaciones tranquilas, un político de horizontes serenos, un equilibrado nadador entre dos aguas, vió desencadenarse, en el último período de su vida y de su gobernación, tempestades y terremotos, luctuosos acontecimientos, trágicas desventuras de la patria, que rebasaban del límite de sus facultades de esta-

disto y de sus bríos, ya mermados por los achaques y la edad. No hubiese salvado nuestro imperio colonial, es justo decirlo, ningún otro hombre que estuviese al frente del Gabinete; pero al que tuvo la fatalidad histórica de ver pasar el entierro de nuestra grandeza, cuantas más estatuas y columnas se le levantan, más peligro hay de que resurjan tan acerbas memorias. Las estatuas deben ser la perpetuidad de una idea de admiración que armoniza y une las conciencias. Infinitas estatuas veo por ahí—no sólo la de Sagasta—que muestran el bronce agrietado y el mármol roto.

Así hace quien puede y no quien quiere.

Los Rothschild donan, para realizar un vasto proyecto de obras de beneficencia social, la suma de diez millones de francos.

No es la primera vez que los Cresos modernos tratan de hacerse perdonar su regia fortuna. En el Louvre, donativos y legados de la familia Rothschild enriquecen salones enteros. Los Rothschild son intelectuales, muy entendidos y saben dar. Hoy no se trata de cultura estética: son viviendas obreras, una de las grandes obras de misericordia de nuestra edad, lo que los multimillonarios judíos se proponen construir. Entre las actividades sociales más eficaces, en las naciones adelantadas, cuento la que se emplea en impulsar á los ricos á que den señales de la vida sus arcas. Esto se hace con incansables, delicadas excitaciones; no hay tanto sablazo como aquí, y hay mucha más *acción social*. Los Rothschild son los becerros de oro de un pueblo culto. Su riqueza echa ramas y hojas, y á veces, como ahora, por este donativo de los diez millones, brota de la caja de caudales un árbol corpulento.

Así como los consumidores tienen derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos que se acercan á sus casillas, los agentes de Orden público tienen ó ejercen—para el caso es lo mismo—el derecho de aplicar diversas formas de tortura, graduadas según su entender. Leo en un diario que suele estar muy al quite, *El Nacional*, que una pareja de guardias paseó por calles céntricas de Madrid, á la pública vergüenza, á cuatro chicos de ocho ó diez años de edad, cargados con sacos de hierro que habían hurtado en la estación del Norte, y además amarrados codo con codo.

No se comprende bien cómo los chicos, amarrados, podrían llevar la carga; todo esto supone operaciones complicadas é ingeniosas. Fuese como fuese, los niños padecieron una crueldad innecesaria, una violencia ilícita, y la gente, al verlos pasar, les compadecía, lo cual habrá dado pie á los raterillos para creerse mártires.

La ley es más fuerte y edificante cuanto mejor concilia sus rigores con la humanidad.

Generalmente no se castiga aquí con suficiente energía; pero se oprime, se tira de la cuerda, hasta caída y desuelle de rótula.

El detalle más característico de la tortura de los rapaces, es el del Simón Cirineo mozo de cuerda.

Ofreciése este caritativo mozo, y quiso pagarle el servicio un no menos piadoso caballero, á cargar él los sacos de hierro, cuerpo del delito, y portearlos hasta el Juzgado de guardia. Tan sana intención no pudo cumplirse: los guardias fueron inflexibles. El caso era llevar á los pequeños, sudando y sin aliento ya, hasta el templo de la justicia.

El obispo electo de Jaca es un literato muy distinguido, un sabio—amén de un sacerdote intachable.

Se llama D. Antolín López Peláez; no es viejo aún, y si la inteligencia y la virtud sirven de base para las altas dignidades de la Iglesia, puede pronosticarse que el prelado de Jaca llegará hasta lo más eminente. Se deben á su pluma libros de verdadero interés, de lectura amena, llenos de juiciosas observaciones y con raros aciertos de erudición y crítica. Algunos títulos: *El señorío temporal de los obispos de Lugo, Los Benedictinos de Monforte, San Capiton, Historia del Seminario de Lugo, Las poesías de Feijóo, El gran gallego, Los escritos de Sarmiento*. No han caído estas obras en el olvido que con frecuencia sufren las de la misma índole; son leídas y consultadas con fruto por los que estudian la historia literaria del siglo XVIII. Y el nuevo obispo es un espíritu de esa época tan intelectual: estudioso, apacible, libre de intransigencias, que no siempre son fruto de la sólida virtud. Mucho bueno puede hacer todavía, en favor de la civilización y de la fe, el nuevo y digno obispo de Jaca.

En vez de correr el oro para el Tesoro, el Tesoro se desprende de una regular cantidad de oro, vendiéndola en pública subasta. ¡Oro español! ¡Eres el emigrante, el desertor, la sangría de que morimos!

Los novelistas hemos influido de una manera realmente sensible y marcada en los jurisperitos, sobre todo en los penalistas. Véase, si no, la reciente causa de Luis del Río, matador de su querida Eugenia Torres. Defendió á este criminal un joven de mucho talento y muy elocuente, á quien tuve el gusto de oír en el Ateneo, terciando en un debate acalorado sobre la cuestión social: el Sr. Ruiz de Grijalba. Y en el natural deseo de salvar á su defendido, ó siquiera de aminorar su pena, dijo, según creo recordar, que había procedido bajo el impulso de fuerza irresistible, desarrollada por una frase imprudente de la víctima, al señalar á una prenda de ropa blanca. La causa giraba en derredor de esa prenda; la suerte del precoz matador pendía de un bordado canesú de camisa de mujer.

Si la víctima había pronunciado esa frase, señalado á ese canesú, era preciso reconocer que por necesidad fatal se había alzado la diestra de su amante empuñando el arma homicida. Porque ahora hemos descubierto que una palabra, un movimiento, un gesto, ejercen «fuerza irresistible,» cohíben con «miedo insuperable» y disculpan el crimen más atroz.

Pero es el caso que, después de la capital importancia atribuida á la frase del canesú..., vino á resultar que no existía tal canesú, y por consecuencia tal frase, y por ende no sabíamos á qué colgar la fuerza irresistible causante de que, en un momento dado, como rueda el peñasco al abismo, el hombre se apodera de un cuchillo bien agudo y se lo clava en la nuca á su señora accidental.

Visto que faltó la consabida fuerza, habremos de atribuir el golpe á un momento de distracción.

De una vez sepamos si se reconoce ó se niega que las gentes no pueden darse gusto matando á quien les viene en gana, sin que la ley les imponga castigo.

Luis del Río, es cierto, ha sido condenado á doce años; pero, ¡atención!, si aparece el canesú, ¡vaya usted á saber! Probablemente, libre.

Y sin embargo, no hay tal irresistible fuerza; y sin embargo, no hay tal desequilibrio, por lo general, en los criminales, ó al menos no lo hay en términos que constituya irresponsabilidad; y sin embargo, de cien veces noventa y nueve podrían sin gran esfuerzo reprimir sus instintos por medio de la voluntad, explicación vulgar, anticuada, si ustedes quieren, pero la única racional.

El inexactísimo Lombroso, *La bete humaine*, lecturas de gabinete, malas para aplicadas á la criminología. Un poco de observación, la más elemental, y se verá que la realidad es distinta, más vulgar, más sana. Si continúa el empeño de tender sobre todo crimen, por repugnante que sea, el manto de la irresponsabilidad, yo creo doblemente franco, hasta justo, pues así no habrá desigualdades, adoptar el criterio de Tolstoy, que no quiere cárceles, ni tribunales, ni, por supuesto, policía, ni que nadie quede encargado de cumplir este decreto.

Entre los más elocuentes signos de nuestro modo de ser, figura el que revela el hecho de la desaparición de la moneda divisionaria, que se ha dispuesto volver á acuñar, por no encontrarse ya en ninguna parte la que existía.

Las causas de esta desaparición merecen mencionarse.

Según nos informa en *«La Epoca»* Juan de Manzanares, responden á una especie de conspiración de mendigos y horteras para arrojar los centimitos á la alcantarilla, con el fin de que no se les pueda dar á los pobres menos de una *perra*, y á los horteras no se les pida la vuelta de las fracciones.

En suma, que los españoles, por tradición y por carácter rumbosos, no jugamos el tresillo sino á tanto alzado.

Y por las alcantarillas de Madrid hemos arrojado, según parece, diez mil duros en calderilla diminuta.

Yo doy fe, no de haber visto arrojar á los albañales esa cantidad, sino de que, en efecto, hace mil años no descubro una moneda de dos céntimos ni con microscopio, y teniéndola por objeto imaginario, ni más ni menos que las onzas de oro, juego á tanto alzado y doy 25 céntimos cuando me piden en cuenta 21. He notado siempre que la pequeña economía la despreciamos. «Por eso no voy á ser ni más rico ni más pobre.» «Eso no va á ninguna parte,» son nuestras muletillas.

Hay infinitas personas á quienes asombrarías enterándolas de que una *perra* gorda diaria son tres pesetas al mes, pasando de siete duros al año, y que con siete duros al año se puede hacer una buena obra seria y positiva. Esa *perra* gorda, «que no va á ninguna parte,» iría á salvar de la muerte á un niño, en un Dispensario como el del doctor Ulecia y los marqueses de Casa-Torre.

EMILIA PARDO BAZÁN.